

manera y tiran con tanta fuerza sus movimientos, que queda despues imposibilitada de ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, y divertimientos y atraimientos son tan frecuentes, que disipan y pierden todo el tiempo; y en fin, tiran á sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas y otras consecuencias, que tienen todo el corazon destruido y dañado. Y últimamente, digo que estos amores vanos destierran, no sólo al amor divino, mas tambien el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputacion; son, en una palabra, el juguete de los corazones, mas son la peste dellos.

CAPÍTULO VI.

DE LAS VERDADERAS AMISTADES.

Amarás á todos, Filotea mia, con un amor grande y caritativo, pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y quanto más exquisitas serán las virtudes que comunicares, tanto más será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza; y más si comunicas las virtudes, como la prudencia, discrecion, fuerza, justicia. Pero si tu recíproca comunicacion fuere de la caridad, de la devocion y de la perfeccion cristiana, ¡oh, buen Dios, y cuán preciosa será tu amistad! Será excelente porque viene de Dios, excelente porque mira á Dios, excelente porque su atadura es Dios, y excelente porque durará eternamente en Dios. ¡Oh cuán bueno es amar en la tierra como se ama en el cielo, y aprender á querernos en este mundo como haremos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque este debemos tener á todos los hombres; sólo hablo de la amistad espiritual, por la cual dos ó tres ó más almas se comunican su devocion, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razon podrán cantar estas dichosas almas: « ¡Oh cuán bueno y cuán agradable es el habitar los hermanos juntos! » Si, porque el bálsamo regalado de la devocion, destilado de uno en otro corazon por una continua participacion, se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendiccion y la vida hasta los siglos de los siglos.

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras, comparadas con esta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidro ó frágil barro, para con las ligaduras de la santa devocion, que son todas de oro.

No hagas pues amistades de otra manera: quiero decir, de las amistades que tú hicieres; porque no se debe por esto dejar ni menospreciar las amistades que la naturaleza y las precedentes obligaciones te obligan á entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos y otros; sólo hablo de las que tú por tu eleccion escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular aficion ni amistad, por cuanto estas ocupan el corazon, distraen el espíritu y engendran las pesadumbres, mas engañanse en su consejo: que como han vistó en los escritos de muchos santos y devotos autores que las amistades particulares y aficiones extraordinarias dañan infinito á los religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos los demas del mundo. Pero la diferencia es grande: porque, debajo de que en un monasterio bien reglado el disignio comun de todos mira á la devocion, no es necesario el hacer particulares comunicaciones (de miedo que buscando en particular lo que es comun, no se pase de las particularidades á las parcialidades); pero quanto á los que están entre los mundanos y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos á los otros con una santa y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan y se encaminan al bien. Y como los que caminan por el llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos y escabrosos, porque entonces se asen y ayudan los unos á los otros para caminar con más seguridad; así los que están en las religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que están en el mundo, para ayudarse y socorrerse los unos á los otros en el pasaje de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran á un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es pues, sin duda, ponerse aparte y hacer amistades segun nuestra pretension; y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa; la cual no hace ninguna division, sino la del bien y el mal, de las ovejas y las cabras, y de las abejas y los zánganos: separacion necesaria.

No se puede negar que nuestro Señor no amase con una más dulce y especial amistad á san Juan, Lázaro, Marta y Madalena, porque la Escritura nos lo muestra. Tambien se sabe que san Pedro amaba tiernamente á san Márcos y santa Petronila, como san Pablo tambien á su Timoteo y santa Tecla. San Gregorio Nazianzeno se precia cien veces de la sin igual amistad que tuvo con san Basilio el Magno, y le escribe desta suerte : « No parece sino que en nosotros dos no hay sino una » sola alma en dos cuerpos; que si no se ha de creer á los que » dicen que todas cosas están en todas cosas, no por eso hemos » de dejar de dar crédito á que entrambos á dos estamos en el » otro. Una sola pretension tenemos entrambos, que es de cul- » tivar la virtud y acomodar los desinios de nuestra vida á las » esperanzas futuras, saliendo así fuera de la tierra morta » ántes del morir. » San Augustin nos muestra cómo san Ambrosio amaba únicamente á santa Mónica por las raras virtudes que via en ella, y que ella reciprocamente le amaba como á un ángel de Dios.

Mas no tengo razon de detenerme y embebecerte en cosa tan clara. San Jerónimo, san Agustín, san Gregorio, san Bernardo y todos los mayores siervos de Dios, han tenido particulares amistades sin daño de su perfeccion. San Pablo reprehendiendo el abuso de los gentiles, los acusa de haber sido gente sin aficion; esto es, que no tenian ninguna amistad. Y santo Tomás, como todos los buenos filósofos, confiesa que la amistad es virtud. Habla de la amistad particular, pues como dice : « La perfecta amistad no puede extenderse á muchas personas. » La perfeccion pues no consiste en no tener amistad, sino en no tenerla sino buena, santa y sagrada.

CAPÍTULOS VII.

DE LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE LAS VERDADERAS Y VANAS AMISTADES.

Aquí tienes pues, Filotea mia, el más principal aviso de cuantos puedo darte cerca deste sujeto. La miel de Heraclia, que es venenosa, parece á la otra que es saludable. Gran peli-

gro pues se corre de tomar la una por la otra, y de tomarlas mezcladas; porque la bondad de la una no impediria la malignidad de la otra. Menester es pues tener cuenta para que no te engañes en estas amistades, principalmente cuando estas son entre personas de diverso sexo, debajo de cualquier pretexto que sea; porque en un momento Satanas hace volver la casaca á los que aman. Comienzan por el amor virtuoso, pero si no hay mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frivolo, despues el amor sensual, y despues el amor carnal. Y aun de la misma manera hay peligro en el amor espiritual, si no se tiene buena cuenta; aunque en este sea más difícil la mudanza, por cuanto su pereza y blandura dan mejor á conocer las manchas con que Satanas procura amancillar las almas. Por esto pues cuando lo intenta es con tanta fineza, que procura hacer deslizar á las deshonestidades casi insensiblemente.

Conocerás la amistad mundana entre la santa y virtuosa, como se conoce la miel de Heraclia entre la otra. La miel de Heraclia es más dulce á la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aun mayor dulzura; y la amistad mundana produce ordinariamente gran cantidad de palabras azucaradas, una junta de ciertos motes apasionados, y alabanzas fundadas en la hermosura, en la gracia y en las calidades sensuales. Pero la amistad santa tiene un lenguaje simple y noble, y no puede alabar sino la virtud y gracia de Dios, único fundamento sobre el cual se funda. La miel de Heraclia, luego que se ha comido, causa un desvanecimiento de cabeza; y la falsa amistad provoca á un desvanecimiento de espíritu, que hace titubear á la persona en la castidad y devocion, trayéndola á señas afectadas, tiernas y inmoderadas, á caricias sensuales, á suspiros desordenados, á ciertas quejas de no ser amado, á pequeñas pero buscadas y halagüeñas ceremonias y galanterías. Camina por aquí para llegar á la licencia de los actos, familiaridades y favores deshonestos; presagios ciertos é indubitables de una cercana ruina de la honestidad. Mas la amistad santa no tiene sino ojos simples y vergonzosos, ni caricias sino puras y nobles, ni suspiros sino para el cielo, ni familiaridades sino para con el espíritu, ni quejas sino cuando Dios no es amado; señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclia turba la vista, y esta amistad mundana turba el juicio; y de suerte,

que los que son tocados della piensan hacer bien haciendo mal, y entienden que sus excusas, pretextos y palabras sean verdaderas razones; temen la luz y aman las tinieblas. Pero la amistad santa tiene los ojos claros y no se esconde, sino ántes parece de buena gana delante la gente virtuosa. En fin, la miel de Heraclia da una grande amargura en la boca: así las falsas amistades se convierten y acaban en palabras y demandas carnales y hediondas; ó en caso que estas no se admitan, en injurias, calumnias, embustes, tristezas, confusiones y celos; lo cual todo pára bien presto en brutalidades y desatinos. Pero la casta amistad es siempre igualmente honesta, comedida y amigable, y jamas se convierte sino en una más perfecta y pura union de espíritu; imágen viva de la amistad y bien dichoso que en el mismo cielo se ejerce.

San Gregorio Nazianzeno dice que cuando grita el pavon luego que hace la rueda de sus plumas excita en extremo á las hembras que le oyen, á la lubricidad. Así cuando vemos á un hombre galantear, componerse y llegarse con halagos, ternezas y embustes á las orejas de una mujer, sin pretension de un just matrimonio, sin duda que lo hace para provocarla á alguna deshonestidad. Entónces la mujer, si es honrada cerrará las orejas por no oír el grito del pavon y la voz del encantador que la quiere encantar con finezas; que si le oye, ¡oh Dios, y qué mal agüero! porque lo será sin duda de la futura pérdida de su corazon.

La gente moza, que hacen señas, finezas y caricias, ó dicen palabras en las cuales no querrian ser oídos de sus padres, madres, maridos, mujeres ó confesores, muestran que tratan de cosa ajena del honor y la conciencia. Nuestra Señora se turbó viendo un ángel en forma humana, porque estaba sola, y que la decia extremas, aunque celestes, alabanzas. ¡Ó Salvador del mundo, la pureza teme un ángel en forma humana! ¿Por qué pues la inmundicia no temerá un hombre, aunque estuviere en figura de ángel, cuando la alaba con alabanzas sensuales y humanas?

CAPÍTULO VIII.

AVISO Y REMEDIOS CONTRA LAS MALAS AMISTADES.

¿Qué remedio pues contra este género y forma de locos amores, locuras y deshonestidades? Al punto que vieres en tí las menores señales, vuélvete luego del otro lado, y con una detestacion absoluta desta vanidad, corre á la cruz del Salvador y toma su corona de espinas para rodear tu corazon, porque estas raposillas no se te lleguen; guárdate de venir á ninguna suerte de trato con este enemigo; no digas: Oiréle, mas no haré nada de lo que me dirá; ni: Prestaréle la oreja, mas rehusaréle el corazon. ¡Oh! no, Filotea; por amor de Dios te ruego seas rigurosa en tales ocasiones. El corazon y las orejas se entretienen el uno al otro; y como es imposible el detener una corriente que ha tomado su curso por la caida de una montaña, así es dificultoso el estorbar que el amor que ha caido en las orejas no haga al mismo punto caida en el corazon. Verdad es que Aristóteles lo niega: no sé en qué lo funda; pero bien sé que nuestro corazon alienta por la oreja, y que como aspira y exhala sus pensamientos por la lengua, respira tambien por la oreja, por la cual recibe los pensamientos ajenos. Guardemos pues con cuidado nuestras orejas del aire de locas palabras, porque de otra suerte nuestro corazon será al punto apestado. No óigas ninguna suerte de proposiciones sobre ningun pretexto que sea: en este solo caso no importa mostrarte descortés y rústica.

Acuérdate que has votado tu corazon á Dios, y que tu amor le está ya sacrificado Sacrilegio pues sería el quitarle un solo bien: sacrifícale ántes de nuevo con mil resoluciones y protestaciones; y asegurándote entre ellas, como un ciervo en su guarida, reclama á Dios, y te socorrerá, y su amor tomará el tuyo en su proteccion, para que viva únicamente por él.

Y si estás ya cogida entre las redes destes locos amores, ¡oh Dios, y cuánta dificultad habrá en el sacarte dellas! Ponte delante su divina Majestad; conoce en su presencia la grandeza de tu miseria, tu flaqueza y vanidad; despues con el mayor

esfuerzo de corazon que te sea posible abomina estos comenzados amores, detesta la vana profesion que has hecho dellos, renuncia todas las promesas recibidas, y con una grande y absoluta voluntad resuelve en tu corazon de nunca más entrar en estos juegos y entretenimientos de amor.

Si pudieres alejarte del objeto, aprobarélo infinito; porque, como los que han sido mordidos de las serpientes no pueden con facilidad sanar en presencia de los que otra vez han sido heridos de la misma morderura; así la persona que está picada de amor, sanará con dificultad desta pasión, mientras estuviere cerca de la otra que ha sido tocada de la misma picadura. La mudanza de lugar sirve en extremo para apaciguar los ardores y inquietudes, sean de dolor ó de amor. El mozo de quien habla san Ambrosio en el libro segundo de la *Penitencia*, habiendo hecho un largo camino, volvió de todo punto libre de unos locos amores que habia tenido; y de tal manera trocado, que encontrándole su loca enamorada, y diciéndole «: ¿No me conoces por ventura? Mira que yo soy, yo misma »; « Si serás (respondió el mozo), mas yo no soy yo mismo. » La ausencia le fué causa desta dichosa mudanza. Y san Agustín dice que para aliviar el dolor que recibió en la muerte de su amigo, se salió de Tagaste, lugar donde murió, y se fué á Cartago.

Pero quien no pueda alejarse, ¿qué es lo que hará? Habrá menester dejar absolutamente toda conversacion particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño, y generalmente toda suerte de comunicacion y cebo que puede alimentar este fuego hediondo y humoso. Y si el tal no excusare hablar al cómplice, que sea para declararle entónces por una atrevida, corta y severa protestacion, el divorcio eterno que ha propuesto y jurado. Torno pues á decir en alta voz á cualquiera que hubiere caído en el lazo destes vanos amores, que le corte, despedace y rompa. No es bien detenerse en descoser estas locas amistades; rasgarlas es menester. No se han de desanudar las ligaduras; mejor es cortarlas y romperlas; así como así sus cuerdas y ataduras no valen nada. No es bien regatear el desasirnos de un amor que es tan contrario al amor de Dios.

Pero despues que habré desta suerte rotpido las cadenas desta infame esclavitud, aun me quadará algun resentimiento y

las señales y forma de los hierros: se mostrarán aun impresas en mi pié, esto es, en mi afición. No harán, Filotea, como hayas abominado tu mal tanto como merece; porque, si esto hicieres, no verás en ti otro movimiento sino un horror del vano amor pasado y de todo aquello que dél depende, y quedarás para con el objeto ya dejado, libre de toda afición y dolo con aquella de una purísima caridad para con Dios. Mas si por la imperfeccion de tu arrepentimiento te queda aun alguna mala inclinacion, procura poner tu alma en una soledad mental, segun se te ha mostrado atras, y retirate cuanto puedas; y con mil retiradas y asaltos de espíritu reconoce todas tus inclinaciones, abominalas con todas tus fuerzas, lee los libros devotos más que lo ordinario, confiésate y comúlgate más á menudo que sueles; confiere con humildad y rectitud todas las sugestiones y tentaciones que acerca desto sintieres, con tu maestro, si pudieres, ó á lo ménos con alguna alma fiel y prudente; y no dudes sino que Dios te librará de todas pasiones, como tú continúes fielmente en estos ejercicios.

Dirásme sin duda: Pues ¿cómo? ¿No será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia? ¡Oh qué dichosa es la ingratitud que nos hace agradables á Dios! No, Filotea, no será ingratitud; ántes será un gran beneficio que harás al amante, porque rompiendo tú tus ataduras, romperás tambien las suyas, pues estas os eran comunes. Y aunque por entónces no apercebia su buena dicha, él la conocerá poco despues sin duda, y cantará contigo por accion de gracias: « ¡Oh Señor! tú has rotpido mis ataduras; yo sacrificaré la hostia de alabanza, y invocaré tu santo nombre. »

CAPÍTULO IX.

ALGUNOS OTROS AVISOS SOBRE ESTE SUJETO DE AMISTAD.

Aun tengo un advertimiento de importancia cerca deste sujeto: la amistad requiere una gran comunicacion entre los amantes, ó sin ésta, ni podria nacer ni subsistir. Por esto sucede muchas veces que con la comunicacion de la amistad nos

deslizamos á otras muchas comunicaciones, indignas á veces de una verdadera amistad. Sucede esto principalmente cuando estimamos en extremo á aquel á quien amamos; porque entónces abrimos de tal suerte el corazón á su amistad, que con ella se nos entran por entero y con facilidad sus inclinaciones y impresiones, ya sean malas ó buenas. Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclia no buscan sino la miel, pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el cual hacen su cosecha. ¡Oh Dios, Filotea! menester es platicar bien en este sujeto la palabra que el Salvador de nuestras almas solia decir, y conforme nuestros pasados nos han enseñado: « Sed buenos cambios y monederos »; quiere decir: « No recibáis la falsa moneda con la buena, ni el oro bajo con el fino; apartad lo bueno de lo malo. » Sí, porque no hay casi ninguno que no tenga alguna imperfeccion. ¿Qué razon hay pues para recibir las faltas é imperfecciones del amigo con su amistad? Justo es por cierto amarle, no obstante su imperfeccion; mas no por eso se ha de amar ni recibir su imperfeccion, porque la amistad requiere la comunicacion del bien, pero no del mal. Así como los que codiciosos buscan entre las ricas corrientes del Tajo sus doradas arenas, que separando el oro dellas para llevársele, dejan lo arenisco y cenagoso á las orillas; así los que gozan de la comunicacion de alguna buena amistad deben separar la arena de las imperfecciones, sin dejarla entrar en sus almas. San Gregorio Nazianzeno dice que amando y admirando las virtudes de san Basilio, muchos le procuraban imitar hasta en sus imperfecciones exteriores, en su hablar lentamente y con un espíritu abstracto y pensativo, en la forma de su barba, en ciertas retiradas que hacia cuando andaba. Y aun vemos hombres, mujeres, niños y amigos, que haciendo grande estima de sus amigos, padres, maridos y mujeres, se les pegan mil malas aunque pequeñas impropiedades en el comercio de la amistad que platican. Esto pues no se debe de ninguna manera hacer, porque no hay á quien no le basten sus malas inclinaciones, sin cargarse de las de los otros; y no sólo no requiere esto la buena amistad, sino ántes nos obliga á ayudarnos uno á otro, para que así recíprocamente nos podamos librar, y dejemos toda suerte de imperfecciones. Menester es sin duda el sobrellevar al

amigo mansamente en sus imperfecciones; pero no el llevarle á ellas, y mucho ménos el traerlas á nosotros.

Hablo sólo de las imperfecciones; porque, cuanto á los pecados, ni se han de llevar ni sobrellevar en el amigo. Amistad es ó débil ó mala, el ver perecer al amigo y no socorrerle; verle morir de una postema y no osar llegarle la navaja de la correccion para salvarle. La verdadera y viva amistad no puede durar entre los pecados. Dicen que la salamandria mata el fuego sobre que se echa; y el pecado arruina la amistad donde aloja. Si es un pecado pasajero, la amistad le pondrá en huida por la correccion, pero si permanece y se domestica, al mismo punto la amistad perece, porque esta no puede durar ni subsistir sino sobre la verdadera virtud. ¡Cuánto ménos pues se debe pecar donde hay amistad! El amigo es enemigo cuando nos quiere conducir al pecado, y merece perder la amistad cuando quiere perder y condenar al amigo. Así es una de las más seguras señales de falsa amistad el tenerla con persona viciosa, comunicando con ella cualquier suerte de pecado que sea. Si aquel á quien amamos es vicioso, sin duda que nuestra amistad es viciosa; que, pues esta no puede mirar la verdadera virtud, es fuerza que considere alguna virtud loca y alguna calidad sensual.

La compañía que se hace entre los mercaderes por el provecho temporal no tiene sino la imágen de la verdadera amistad; porque esta se hace, no por el amor de las personas, sino por el amor de la ganancia.

En fin, estas dos divinas palabras son dos grandes columnas para bien asegurar la vida cristiana. La una es del Sábio: « Quién teme á Dios tendrá por consiguiente una buena amistad. » La otra es de Santiago: « La amistad deste mundo es enemiga de Dios. »

CAPÍTULO X.

DE LA DECENCIA DE LOS VESTIDOS.

San Pablo quiere que las mujeres devotas (lo mismo se ha de entender de los hombres) se vistan con decencia, adornándose con vergüenza y templanza. La decencia pues de los ves-

tidos y otros adornos depende de la materia, de la forma y de la limpieza.

Cuanto á la limpieza, debe casi siempre ser igual en nuestros vestidos, sobre los cuales cuanto nos sea posible nos hemos de guardar de que haya ninguna mancha ó suciedad. La limpieza exterior representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encarga la honestidad corporal en los que andan cerca de sus altares y que tienen el principal cargo de la devocion.

Cuanto á la materia y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias, del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañías y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los dias de fiesta, segun la grandeza del dia que se celebra. En tiempo de penitencia, como en cuaresma, no hay quien dude la honestidad y simpleza que se debe observar en el traje. En las bodas se traen los vestidos nupciales, y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca los principes estiran las fuerzas y con ellas las demas acciones, las cuales deben moderar entre sus domésticos. La mujer casada se puede y debe adornar segun el gusto de su marido y cuando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntarán sin duda que á qué ojos quiere agradar ó favorecer con adorno tan particular. Á las doncellas se les permiten más dijes y galas, por cuanto pueden licitamente desear agradar á muchos, aunque esto no sea sino con fin de ganar á solo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas se adornen en alguna manera, con tal que no den nota de liviandad y locura; que como han sido ya madres de familia, y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espiritu puro, maduro y templado. Pero cuanto á las verdaderas viudas, que lo son no sólo de cuerpo sino de corazon, ningun adorno les es conviniente, sino la humildad, la modestia y la devocion; porque, si es que quieren enamorar á los hombres, ya no son más verdaderas viudas; y si no es esta su pretension, ¿para qué traen los instrumentos dellas? Quien no quiere recibir los huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ria de la gente vieja cuando quiere pulirse y estirarse demasiado, porque esta es una locura sólo á los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre ti que arrastre ni esté mal aliñado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guárdate de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades y locuras. Mantendrás siempre cuanto te sea posible en la simplicidad y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura y la mejor excusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente á las mujeres mozas, de no traer los cabellos crespos, rizos y ensortijados. Los hombres que son tan apocados que se dan á estas acciones mujeriles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mujeres vanas son tenidas por de poca castidad, ó por lo ménos, si la tienen, no es visible entre tantas bujérias y bagetelas. Dicen ellas que no piensan mal, pero yo replico (como he hecho otras veces) que si ellas no, el diablo si, y siempre. Quanto á mi, yo querria que mi devoto y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los ménos pomposos y afectados; y como se dice en los *Proverbios*, que se adornasen de gracia, decencia y dignidad. San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir segun nuestro estado, de suerte que los sábios y buenos no puedan decir: « Tú haces demasiado »; ni la gente moza: « Tú haces muy poco. » Pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sábios.

CAPÍTULO XI.

DE LA HONESTIDAD DE LAS PALABRAS Y DEL RESPETO QUE SE DEBE Á LAS PERSONAS.

« Si alguno no peca de palabra (dice Santiago), el tal es hombre perfecto. » Procura cuidadosa de no dejar se te escape ninguna palabra deshonesta, porque, aunque tú no la digas con mala intencion, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonesta, cayendo en un corazon flaco, se extiende y dilata como una gota de aceite sobre el paño, y á veces se apodera de suerte del corazon, que le hinche de mil pensamientos y tentaciones resbaladizas; porque, como el ve-

veno del cuerpo entra por la boca, tambien el del corazon entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora; porque aunque el veneno que haya arrojado no haga su efeto por haber hallado los corazones de los oyentes apercebidos de algun contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba, porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que « la boca habla de la abundancia del corazon ». Y si nosotros no pensábamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre destas malas palabras para penetrar el corazon de alguno. Dicen que los que han comido la yerba que llaman angélica tienen siempre el aliento dulce y agradable; y los que tienen en el corazon la honestidad y castidad, que es la virtud angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas y vergonzosas. Quanto á las cosas indecentes y locas, el Apóstol no quiere ni aun sólo que las nombren, asegurándonos que « nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones ».

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente con cierta arte y sutileza, entónces son sin comparacion más venenosas; porque como un dardo, quanto es más agudo de punta, tanto más fácilmente entra en nuestros cuerpos, así un dicho, quanto es más agudo, tanto más penetra nuestros corazones. Y los que piensan ser muy bizarros y discretos usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hicieron las conversaciones; porque estas deben ser como enjambre de abejas juntas para hacer la miel de algun dulce y virtuoso entretenimiento, y no como junta de moscones, amontonados sólo para lamer y chupar alguna hediondez. Si algun loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, ó volviéndole luego el rostro ó de otra manera, segun tu prudencia te enseñare.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgon. Dios aborrece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados extraños castigos. No hay cosa que sea tan contraria á la caridad, y mucho más á la devocion, como el monosprescio del prójimo. El escarnio pues y la burla no se hace jamás sin este monosprescio, causa por qué es muy grande pecado; y así los doctores tienen razon de decir

que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al prójimo, por quanto las otras ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y esta se hace sólo con menosprecio.

Quanto á los juegos de palabra que se hacen los unos con los otros con modestia, regocijo y alegría, estos pertenecen á la virtud llamada de los griegos *eutropelia*, que nosotros podemos llamar *buena conversacion*. Por estos pues se goza de una honesta y amigable recreacion en las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas nos traen; hémonos de guardar de deslizarnos desta honesta alegría á las burlas. Las burlas pues provocan á reir, y esto por el menosprecio del prójimo; pero el regocijo y alegría provocan á reir por una simple libertad, confianza y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha. San Luis, quando los religiosos le querian hablar de cosas relevadas despues del comer, « No es tiempo de alegar, decia, sino de alegrarse por medio de algun honesto entretenimiento; cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad: » lo cual decia por favorecer la nobleza que tenia al rededor de sí, y no extrañarse con ella. Pero pasemos de manera el tiempo por la recreacion, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devocion.

CAPÍTULO XII.

DE LA MURMURACION.

El juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del prójimo, la soberbia, y la satisfaccion y agrado de sí mismos, y otros muchos efetos perniciosísimos, entre los cuales la murmuracion tiene de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. ¡ Oh quién tuviera una de las brasas del santo altar, para tocar los labios de los hombres, y que así quedasen limpios de iniquidad y pecado, á imitacion del serafin que purificó la boca de Esaías! Quien quitase la murmuracion del mundo, quitaria una gran parte de los pecados y iniquidades.

Cualquiera que quita injustamente la buena fama a su pró-

jimo, fuera del pecado que comete, está obligado á hacer la reparacion, aunque diversamente, segun la diversidad de las murmuraciones, porque ninguno puede entrar en el cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores, la buena fama es el mejor. La murmuracion es una especie de homicidio; porque, así como nosotros tenemos tres vidas, es á saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal, en el alma, y la civil en la buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda, y la murmuracion la tercera. El maldiciente, por un solo golpe de su lengua, hace ordinariamente tres homicidios: mata su alma y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien murmura ó maldice; porque (como dice san Bernardo) « aquel que detracta, y aquel que oye tal maldiciente, todos dos tienen el diablo sobre si; sino que el uno le tiene en la lengua y el otro en la oreja ». David, hablando de los maldicientes, dice: « Afilado han sus lenguas como una serpiente. » La serpiente pues tiene la lengua hendida y con dos puntas, como dice Aristóteles: y tal es la lengua del maldiciente, la cual con un solo golpe pica y emponzoña la oreja del oyente y la reputacion de aquel á quien habla.

Ruégote pues, amada Filotea, no murmures jamas de persona, ni directa ni indirectamente; guárdate de imponer falsas culpas y pecados al prójimo, y de descubrir los que son secretos, y de engrandecer los que son manifiestos; y de interpretar en mal la buena obra, y de negar el bien que sabes cabe en alguno, y de disimularle maliciosamente y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás á Dios en extremo; y sobre todo acusando falsamente y negando la verdad en perjuicio del prójimo, porque es doblado pecado el mentir y ofender juntamente al prójimo.

Los que para murmurar ó maldecir hacen ciertos prefacios de honor, y entreveran ciertas pequeñas gentilezas y habilidades de los que murmuran, son los más finos y venenosos maldicientes. « Yo aseguro (dicen los tales) que le amo, y que en lo demas es una buena persona; mas no obstante esto, si es que se ha de decir verdad, no tuvo razon en hacer tal y tal bellaqueria. Es una doncella muy virtuosa, pero dejése engañar »; y á este tono, segun su mala intencion les dita. ¿ No

ves tú, Filotea, este artificio? El que quiere tirar el arco, tira cuanto puede la flecha á sí, mas lo tal no es sino para arrojarla con más fuerza. Parece que aquellos retiran la murmuracion á sí, mas no es sino para lanzarla con más firmeza, para que así penetre más adentro en el corazon de los oyentes. La murmuracion dicha en forma de regodeo, es aun la más cruel de todas. La cicuta, de su natural, no es un veneno muy fuerte, sino ántes flojo y lento, y que fácilmente puede remediarse; pero tomada en vino es irremediable. Así la murmuracion, que de sí fácilmente se entraria por la una oreja y se saldria por la otra (como dicen vulgarmente), queda más firme en la memoria de los oyentes cuando se da dentro de algun concepto ó dicho sutil y alegre. « Tienen los tales, dice David, el veneno del áspid debajo de sus labios. » El áspid hace su picadura que casi no se apercibe, y luego su veneno causa una comezon gustosa, por cuyo medio el corazon y las entrañas se dilatan y reciben el veneno, contra el cual despues no hay ningun remedio.

No digas nunca: Fulano es un borracho, aunque le hayas visto borracho; ni es adúltero, por haberle visto en este pecado; ni es incestuoso, por haberle hallado en esta desventura; porque un solo acto no da el nombre á la cosa. El sol se paró una vez en favor de la vitoria de Josué, y se obscureció otra en favor de la del Salvador del mundo; mas no por eso dirá ninguno que sea inmóvil ó obscuro. Noé se emborrachó una vez y Lot otra; y aun más hizo este, que cometió un grande incesto; mas no por eso fueron borrachos ni el uno ni el otro, ni Lot incestuoso; ni san Pedro sanguinolento porque derramó una vez sangre, ni blasfemador porque blasfemó una vez. Para tomar el nombre de algun vicio y de alguna virtud, menester es que hayan hecho algun progreso y hábito. Engaño es pues el decir que un hombre es colérico ó ladrón por haberle visto enojar ó hurtar una vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso mucho tiempo, aun hay peligro de mentir cuando le llaman vicioso. Simon el leproso llamaba á la Madalena pecadora, porque poco ántes lo habia sido; pero mentia con todo eso, porque ya no lo era más, sino una santa penitente; y tambien nuestro Señor toma en su proteccion su causa. El otro loco fariseo tenia al publicano por

gran pecador, y aun podría ser por injusto, adúltero y gran ladrón; pero engañábase en extremo, porque al mismo instante quedó justificado. ¡Ay de mí! pues la bondad de Dios es tan grande, que un solo momento basta para alcanzar y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que un hombre que fué ayer pecador lo sea hoy? El día precedente no debe juzgar el presente, ni el presente debe tampoco juzgar el precedente: sólo el último es el que los juzga todos.

Jamas pues podemos decir que un hombre es malo sin peligro de mentir. Lo que podemos decir, en caso que nos sea necesario el hablar, es que hizo un tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, ó que hace mal al presente; pero no se puede sacar ninguna consecuencia de ayer á hoy, ni de hoy al día de ayer, ni ménos al día de mañana.

Aunque nos es necesario ser muy mirados en no decir mal del prójimo, debemos asimismo guardarnos de un extremo en que algunos caen, los cuales, por evitar la murmuracion, loan y dicen bien del vicio. Si se halla una persona conocida-mente maldiciente, no digas por excusarla que es libre y franca; una persona manifiestamente vana, no digas que es generosa y particular; y las familiaridades peligrosas no las lames simplicidades ó bondades. No afeites la desobediencia con el nombre de celo, ni la arrogancia con nombre de libertad, ni la lascivia con nombre de amistad. No, querida Filotea, no es bien, pensando huir el vicio de la murmuracion, favorecer, lisonjear y mantener los otros; ántes se ha de decir clara y libremente mal del mal y afean las cosas feas. Y haciendo esto glorificamos á Dios, con que esto sea con las condiciones siguientes:

Para afean los vicios de otro con justa causa, es menester que la utilidad ú de aquel de quien se habla ú de aquellos á quien se habla, lo requiera. Veo que cuentan delante de algunas doncellas las familiaridades secretas de tales y tales que son manifiestamente peligrosas; la disolucion de un tal ó una tal en palabras ó acciones que son manifiestamente lúbricas. Si yo no afeo libremente este mal, sino ántes le pertendo excusar, tomarán ocasion las que oyen, y podrá fácilmente imprimirse en sus tiernas edades el deseo de seguir alguna destas cosas. Y así, su utilidad requiere que libremente afee

tales acciones; y al mismo instante, si no es que pueda reservar el hacer este buen oficio más á propósito y con ménos daño de aquellos de quien se habla, en otra ocasion.

Fuera desto, me tocará hablar deste sujeto cuando soy de los primeros de la conversacion, porque si entónces no hablo, parecerá que apruebo el vicio; que si soy de los menores, no debo intentar hacer esta censura, sino mostrarme cabal en mis palabras, de manera que no diga una sola demasiada. Como por ejemplo: Si yo vitupero la estrechez de aquel mozo y de aquella doncella, por cuanto es muy indiscreta y peligrosa, menester es, Filotea, que tenga la balanza bien justa para no engrandecer la cosa ni un pelo. Si no hay sino una flaca apariencia, no pasaré de aquí. Si no hay sino una simple imprudencia, tampoco diré más desto. Si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia del mal, sino sólo un no sé qué, en que algun espíritu malicioso puede tomar achaque de murmuracion, ó no diré ninguna cosa, ó no saldré de la verdad. Mi lengua, mientras juzgo al prójimo, está en mi boca como una navaja en la mano del cirujano que quiere cortar entre los nervios y ternillas: es menester que el golpe que diere sea tan justo, que no diga ni más ni ménos de lo que fuere conveniente. En fin, es menester observar, sobre todo cuando se reprende el vicio, el perdonar cuanto sea posible la persona en quien está.

Verdad es que de los pecadores infames, públicos y manifiestos, se puede hablar libremente; con tal que esto sea con espíritu de caridad y compasion, y no con arrogancia ni presuncion, ni por holgarse del mal ajeno, porque esto último es muy de corazon vil y abatido. Hago excepcion, entre todos, de los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, porque á estos tales se les ha de infamar cuanto se pueda; como son las sectas de los herejes y cismáticos, y las cabezas dellas. Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas ó en otra cualquier parte.

No hay quien no se tome la licencia de juzgar y censurar los principes, y murmurar de las naciones en general, segun la diversidad de aficiones que tienen en su particular. No caigas, Filotea, te ruego, en esta falta, porque, fuera de la ofensa que se hace á Dios, podría causarte mil suertes de pependencias.